

MÁS SENCILLEZ EN LA IGLESIA

TAMBIEN los luteranos —que aunque protestantes tienen obispos— celebran su Sínodo Episcopal. Hace unas semanas lo terminaron.

En él han subrayado tres cosas, que se reducen casi a una: la necesidad de mayor sencillez en la Iglesia.

Vivimos en un mundo agobiante, ultrarrápido, donde la angustia de vivir crece en proporciones alarmantes, y en el que nuestra psicología no resiste muchas veces tal tensión.

En todos los órdenes de la vida deseáramos liberarnos de ese atenzamiento que nos produce la complejidad de nuestro vivir. Buscamos una solución, sin encontrarla.

Y en religión ocurre lo mismo. Estamos hartos de la profusión de leyes y doctrinas que nos han envuelto hasta ahora, y que aceptábamos sin comprender, o sin encontrarles un sentido. Nuestra psicología actual necesita una ayuda en lo religioso, y no una carga que se añada a las muchas que tiene nuestra época.

Veía uno de estos días en la televisión un reportaje sobre los «provos» en Holanda. Estos jóvenes inconformistas, de uno y otro sexo, tienen muchas veces razón: ¿para qué nos sirven todas las cosas que hemos conseguido en nuestra civilización radicalmente materializada? ¿Puede satisfacer a un hombre sincero una sociedad formada por una suma de egoísmos cada vez mayores? ¿Podemos vivir tranquilos unos pocos privilegiados de Occidente con nuestras comodidades puramente materiales, cuando la mayoría de la humanidad no tiene de qué vivir?

El profesor católico B. Delfgaauw señala que es constatación de que sin un mínimo material, que sirva de sustento al hombre, no se puede desarrollar el espíritu en la mayoría de la gente. «Marx comparte el concepto de Aristóteles y Santo Tomás de Aquino, según el cual el hombre no tiene acceso a las cosas del espíritu si antes no se ha redimido de las preocupaciones cotidianas por la subsistencia material indispensable». Desgraciadamente ésta es la condición de la mayoría de los hombres de nuestra época. Pero la pequeña grey de los favorecidos no se salva tampoco, porque todo no está en la elevación material del hombre. El espíritu es tan necesario como la materia para el ser humano. Como lo demuestra la insatisfacción de esos países materialmente adelantados, como los países escandinavos, donde el porcentaje de suicidios es el mayor del mundo entero. Asqueado, por eso, ante el materialismo vulgar de su época, un filósofo afirmó dos cosas que puede y debe suscribir cualquier cristiano:

Que «la naturaleza espiritual es tan necesaria, concreta y sólida como la material». Por eso el puro desarrollo material del hombre no satisface; de la misma manera que tampoco satisface la religión idealista que ante las necesidades vitales sólo sabe dar consejos de evasión del mundo.

La segunda afirmación, que con palabras del Nuevo Testamento recuerda Pablo VI en su encíclica POPULORUM PROGRESSIO, es el severo juicio de este pensador social contra el afán de lucro que vicia nuestra sociedad capitalista-liberal: «El dinero convierte la fidelidad en perfidia, el amor en odio, el odio en amor, la virtud en vicio, el vicio en virtud, el criado en señor, el señor en criado, la insensatez en cordura y la cordura en insensatez». Los cristianos, en un sincero examen de conciencia, tendríamos que adoptar, por tanto, «una actitud crítica... frente al modo en que con frecuencia (¿casi siempre?) se han vivido la religión y el cristianismo». (B. Delfgaauw). Tendríamos que preguntarnos si hemos cumplido con este precepto católico básico: «Debo creer en el hombre, pero con seriedad y a pesar de la superficialidad que me invade; pues es a través de esta fe que vive en una búsqueda continua como yo accedo al misterio de Dios. No de un Dios al que se le adoraría como uno más entre todos los seres, aunque sea el más grande de todos, y con el que equivocadamente ensayaríamos entrar en relación a fuerza de iniciaciones secretas, de ritos o de sumisiones irracionales». (L. Boninchon, S. J., Revista «Responsables», julio 1967.)

Cuando los cristianos profundicemos y simplifiquemos nuestra vida religiosa será cuando «vivir de Dios y creer en Él no pueda ser otra cosa que la manera como yo vivo en este mundo, en el cual existo en medio de los hombres, situado en mi lugar concreto

de su historia. Creer en Dios será entonces dar un sentido a mi vida y no imaginar una especie de ser superior, cuya bondad o envidia interferirían en mi libertad». (Idem). Así, y solamente así, emprendemos el camino de la simplificación sería —no evasivista o superficial— de nuestra religión, «haciendo el milagro de los milagros, de que lo que es imperecedero, solamente pueda ser salvado por lo que perece». (Péguy).

NO es extraño que el Sínodo de obispos luteranos haya pedido a la Iglesia mayor sencillez, porque participan de este anhelo que inquieta a los hombres de hoy. No una sencillez ingenua, sino sincera, seria, responsable. Y esta petición acaba de ser asumida plenamente por el teólogo Padre Schillebeeckx. Petición manifestada —por unos y por otros— en forma triple.

Debemos pensar, en primer lugar, que la actual preocupación por la fe que muchos tienen, incluso en forma de crisis, es la mejor demostración del vivo interés por la fe misma; interés que hace unos años no existía, a pesar de que las aguas estaban más tranquilas en la Iglesia. Lo que no se vive con inquietud, se conserva sólo en forma de pura rutina y cómodo conformismo. Es lo que vivíamos entre nosotros hasta estos últimos tiempos, o como han vivido los católicos norteamericanos hasta ayer mismo, con su sentido conservador hecho de prácticas exteriores y fórmulas sin vida, aunque rodeados de mucha propaganda y de profusas estadísticas bien llamativas. Esta preocupación que ahora emerge —dentro y fuera de nuestras fronteras— por la fe, es positiva, porque es signo de vida.

En segundo lugar hay que recordar que esta crisis contemporánea de la religión, debe ser abordada con científica seriedad. No podemos rechazarla con temor, ni suspirar con añoranza otros tiempos más tranquilos, ni evadimos ingenuamente desentendiéndonos de los hombres de esta tierra que nos ha tocado vivir hoy. Tampoco podemos tranquilizarnos repitiendo afirmaciones que ya no son verdaderas; no podemos seguir presentando nuestro país como modelo de vocaciones religiosas y sacerdotales, porque en este año descienden de forma alarmante; ni afirmar tampoco que los universitarios practican la religión más que nunca, porque desde hace unos pocos años hay un manifiesto descenso de la vida y creencias religiosas en la Universidad. Tenemos —por eso— que enfrentar el problema religioso actual con seriedad, científicamente.

Por último, recordaron estos obispos luteranos una realidad de nuestro mundo, tanto occidental como oriental: que cada vez se hace más difícil hablar en él de Dios. No se trata de que los cristianos cedamos en el mantenimiento de las verdades básicas del cristianismo; pero tampoco se resuelve nada incrementando doctrina tras doctrina, y ley tras ley, al acervo inflacionista que hoy posee la Iglesia. La dificultad de hablar de Dios no se resuelve ni callando ni hablando demasiado, sino hablando mejor.

PEGUY, el recto poeta, católico y socialista al mismo tiempo, expresó con la lacónica profundidad que le caracterizaba este anhelo de sencillez y de simplificación razonable que hoy pretendemos los cristianos para nuestra religión:

«Nada tan sencillo como la palabra de Dios:
No dice más que cosas corrientes.
Muy corrientes:
La Encarnación, la Salvación, la Redención, la Palabra divina.
En total, tres o cuatro misterios;
Y la Oración, y los siete Sacramentos».

Esto es, ni más ni menos, lo que siempre habían recordado los teólogos católicos en sus manuales de moral. Las cuatro cosas que tenemos que conocer y aceptar los católicos son bien pocas: el Credo, el Padrenuestro, los Mandamientos y los Sacramentos que vamos a recibir: nada más. ¿Por qué, entonces, entorpecer nuestra mente y nuestra vida con un exceso de doctrinas discutibles en buena parte?

Esa es la pregunta que se hace Schillebeeckx a propósito de esta situación de crisis en la fe, que es una realidad existente en todo

Por **ENRIQUE MIRET MAGDALENA**

el mundo católico. Cuando los obispos católicos se reúnan en Roma dentro de mes y medio, les pide este perito conciliar que se reafirmen en esta sencillez tradicional, que es lo único que exigen bajo obligación grave nuestros teólogos tradicionales, sin aumentarla ni complicarla.

«El Sínodo... deberá poner el acento en el símbolo de la fe como norma intocable del pensamiento teológico cristiano y católico».

Pero «el Sínodo... tendrá que evitar insistir en una formulación determinada de la fe, en perjuicio de otras formulaciones cuya inadecuación con el cristianismo no la percibe toda la comunidad eclesial».

«La Iglesia católica debe abrirse al pluralismo teológico, e incluso a un cierto pluralismo en la interpretación de la fe: pero al mismo tiempo debe ser más consecuente... en asistir en el Credo fundamental».

«Una Iglesia no puede vivir en una inseguridad continua sobre su fe fundamental en Jesucristo; aunque, como aparece ya en el Nuevo Testamento, sigan siendo posibles diferentes interpretaciones del único misterio de Cristo».

La única condición que hay que poner a todo ello, es que esta aceptación básica y esta libertad de formulación reflexiva se hagan «dentro del marco de la entrega incondicional —que es la fe— a lo incondicional —a lo absoluto— que se nos ha revelado en Cristo».

TODO hombre sensato tiene suficiente materia de reflexión con lo que dice este gran teólogo. Afirmaciones que hay que aplicar a todo pueblo cristiano, y también al nuestro. Porque nuestro pueblo cristiano no sólo se compone de los ignorantes y de los conformistas; también lo son quienes quieren vivir la cultura de hoy, o aquéllos que pretenden llevar su legítima inquietud humana al mundo de lo religioso. Por eso lo que esta parte más inquieta del pueblo cristiano no ve, deben respetarlo todos, y nadie puede imponer a una parte de nuestra Iglesia lo que no es aceptado por todos: la libertad se impone cada vez con mayor fuerza en la práctica de la Iglesia, en doctrinas y en costumbres. Si hay que respetar a los ignorantes, también hay que respetar a los inquietos.

Y lo que se aplica a las doctrinas, también debe encarnarse en las leyes y costumbres de la Iglesia.

No para quitar ninguna cosa esencial; pero tampoco para considerar como fundamental y básico lo que no lo es, por respetable que hubiera sido en una época determinada, o que lo creyeran los hombres de algún tiempo pasado.

Dos intentos se han hecho en el sentido doctrinal. Uno no-oficial, el del discutido catecismo holandés, publicado bajo los auspicios del episcopado de los Países Bajos. O el más comedido —pero no menos interesante— catecismo publicado por el Secretariado de los no-creyentes, el cual lo he comentado brevemente en alguna ocasión anterior.

En costumbres religiosas, se está comenzando con la reforma litúrgica, y con la proyectada reforma del Derecho Canónico. La primera está en sus comienzos; el segundo es todavía un ante-proyecto. Pero todo está en marcha.

Nuestras costumbres religiosas todavía tienen que cambiar mucho. La reforma de los templos, las imágenes, las vestiduras litúrgicas y los signos religiosos del culto católico, esperan todavía una profunda transformación.

Igual que las leyes de la Iglesia. No hace muchos días discutía con un historiador eclesiástico —más eclesiástico que historiador en aquel momento— que olvidaba la concepción amplia y flexible como se ha interpretado la legislación eclesiástica en el Oriente cristiano, como puede leer cualquiera en teólogos ortodoxos como Clément y Evdokimov. O la ausencia de esos complicados y abstractos catálogos de pecados en los diez primeros siglos del cristianismo, tanto oriental como occidental.

Esta sencillez más profunda, más seria, más libre, y menos evasiva respecto a nuestros problemas humanos cotidianos, es la que queremos para el futuro en la Iglesia.

Chesterfield con filtro

Alguien
tenía que
poner
verdadero
sabore en un
cigarrillo
con filtro.

Lo hizo
Chesterfield.



Un producto de Liggett & Myers importado directamente de U.S.A.